

LOS ESCRITORES Y EL PUBLICO

● **ESTOS DIAS**, después de oír quejarse a los librereros por la caída a pico de sus ventas en los últimos meses, incluso en el renglón novelas, me he dado una vuelta por la feria para comprobar que los puestos donde se venden y cambian novelitas populares funcionan con el mismo ritmo de siempre; me he oído otra vuelta por algunos "supermercados" para observar que con el jabón y el azúcar, las dueñas de casa llevaban ediciones económicas de novelas extranjeras. Un par de paseos para comprobar que los uruguayos, contrariamente a lo que creen los librereros, siguen leyendo. Desde luego que aquí interviene un problema de precios —*esas ventas lo son de libros que rara vez superan el límite de los dos pesos por ejemplar*— y sobre ese renglón he de volver oportunamente una vez concluida una encuesta personal.

Pero aquí quisiera subrayar otro aspecto: el abismo que separa la literatura artística de la literatura popular, el reducidísimo radio de la primera contrastado con la amplitud de la segunda, y, en esta, la casi absoluta desconexión con la nacionalidad. De otro modo: quisiera que el problema del creador literario y del consumidor que periódicamente acorpa a escritores y críticos, se dejara de plantear en un ámbito cerrado, el de una élite, enumerable, que lee diligentemente los pocos productos del arte literario contemporáneo, y que en cambio se pierda el fenómeno en su totalidad, estimado la situación de un gran público lector que existe realmente en el país y que casi no tiene acceso al arte.

Al margen de los infinitos matices de la apreciación crítica, existe en nuestro país una empeñosa producción de literatura artística, con un ponderable nivel de dignidad estética. Pero funciona casi exclusivamente para una élite. Cuando de un autor nacional hemos vendido mil quinientos ejemplares cantamos alborozados nuestra victoria. Lo es —aunque se reduce a unos pocos autores y a menos obras— si se compara con las reales tiradas de esos escritores que ya integran desde hace años un Parnaso oficializado. Pero es nada cuando se lo coteja con los veinte mil ejemplares de los novelistas populares, infimas noveluchas en algunos casos. Cada uno de esos volúmenes tienen muchos más lectores que los de cualquier creación artística nacional: circulan de mano en mano, se venden y revenden en las ferias, conquistan lectores ferocesos.

Es singular, y alarmante, que este vasto público no consuma obras nacionales sino extranjeras, ni haya aparecido en el país un novelista como el chileno Hinojosa, que le proporcione una nutrición propia, auténticamente nacional y popular.

Alguna excepción, como los Tacuruses de Serafín J. García, no sus restantes libros, no altera la comprobación básica, y grave: la mayoría de la sociedad se alimenta de subproductos literarios extranjeros.

La objeción que primero debemos desear es la que dice que todo se explica por la ignorancia o la incultura de los más confiados a un futuro de culturización intensa. Ella no explica la inexistencia de novelistas populares del país que proporcionen un material a esa masa lectora. Ese tipo de objeciones revientan a los argumentos del despotismo ilustrado, y quienes las formulan parecen de la íntima convicción de que son dueños de la verdad absoluta en arte, que por lo tanto no deben variar en nada su actitud y que son los demás, ese resto que es la población mayoritaria, la que debe acederse. No conozco ningún proceso histórico donde una sola de las partes haya sido transformada. Cuando en una reciente encuesta se me preguntaba cómo podía ampliarse el público de nuestra literatura artística, repetí el dicho aquí mismo: al margen de la acción publicitaria y educativa sobre las masas, la ampliación depende de la disposición positiva

que asuma el escritor.

Leyendo ahora la excelente selección de los Cuadernos de la Cárcel de Antonio Gramsci que bajo el título de Literatura y vida nacional acaban de aparecer en español, encuentro que los mismos problemas se le planteaban al italiano en 1930. Las conclusiones a que llega en su examen deben interesarnos porque se aplican entre nosotros de modo similar. Dice Gramsci: "no existe de hecho, ni una popularidad de la literatura artística ni una producción regional de literatura popular, porque falta una identidad de concepción del mundo entre escritores y pueblo. Es decir que los sentimientos populares no son vividos como propios por los escritores, ni los escritores cumplen una función 'educadora nacional', o sea que no se han planteado ni se plantean el problema del elaborar los sentimientos populares luego de haberlos revivido y hechos propios".

En principio, como el mismo Gramsci observa, "nada impide teóricamente que pueda existir una literatura popular artística", que incluso puede serlo nacional, y entre nosotros podría servir de índice el manifiesto éxito de una novela de Acevedo Díaz, Ismael, de la que en los últimos años se consumieron unos diez mil ejemplares. Pero si esta difusión, que es de las más intrincadas, puede exigirse otros planteamientos —sobre todo si atendemos al espíritu conservador que distingue al pueblo— podemos desde ya detenernos en la explicación de Gramsci sobre la ausencia de novelistas populares, que le lleva a esta repetida acusación: "Los intelectuales no salen del pueblo aunque, accidentalmente, algunos de ellos sean de origen popular, no se sienten ligados a él (parte de la retórica), no lo conocen ni sienten sus necesidades y aspiraciones, sus sentimientos difusos; con relación al pueblo son algo separado, sin fundamento, es decir una casta, y no una articulación del pueblo mismo, con funciones orgánicas".

Entre nosotros ello se traduce por una confusión muy enraizada que equipara nación o pueblo a clase burguesa —de la que proceden la mayoría de los escritores— y nos induce a creer que seguimos en el período de la literatura "confesional", expresión mera —muchas veces de alta calidad—, del individuo en actitud subjetivo, sin pasar a la actitud profesional, creadora, de quien inserta sus opiniones en estructuras de comunión colectiva. Pero también se traduciría por una fragmentación del cuerpo social, justamente de aquel que se precia de una rica labilidad interior, y dentro del cual los seres funcionarían en verdad dentro de compartimientos estancos.

Desde un punto de vista sociológico debe inquietarnos esta nutrición extranjera de la masa lectora, que se agrega a la anasalante del cine con la cual está entroncada, compartiendo su mismo bajo nivel de calidad. No sólo porque se trate de un material extranjero —aunque esto afecta vivamente la integración nacional y a la vez es índice de parálisis creadora, de simple mimetismo— sino por la desconexión que revela entre los escritores y este amplio y potencial público.

Un reciente proyecto estatua grandísimas a estas novelas extranjeras —morralla literaria muchísimas veces— para pensionar a los escritores nacionales. Un ejemplo más de la desubicación de nuestros intelectuales, del despotismo ilustrado con que se manejan: están dispuestos a aceptar el dinero que el pueblo gasta en obras extranjeras, de mala calidad para poder seguir escribiendo libros de circulación intensa, que no cumplen ninguna función social ni atienden a las necesidades potenciales de los consumidores. Otro modo de eludir los auténticos problemas del escritor, que son en definitiva los de su comunicación real con los lectores creando en ellos la necesidad también real de sus obras.

Angel Rama